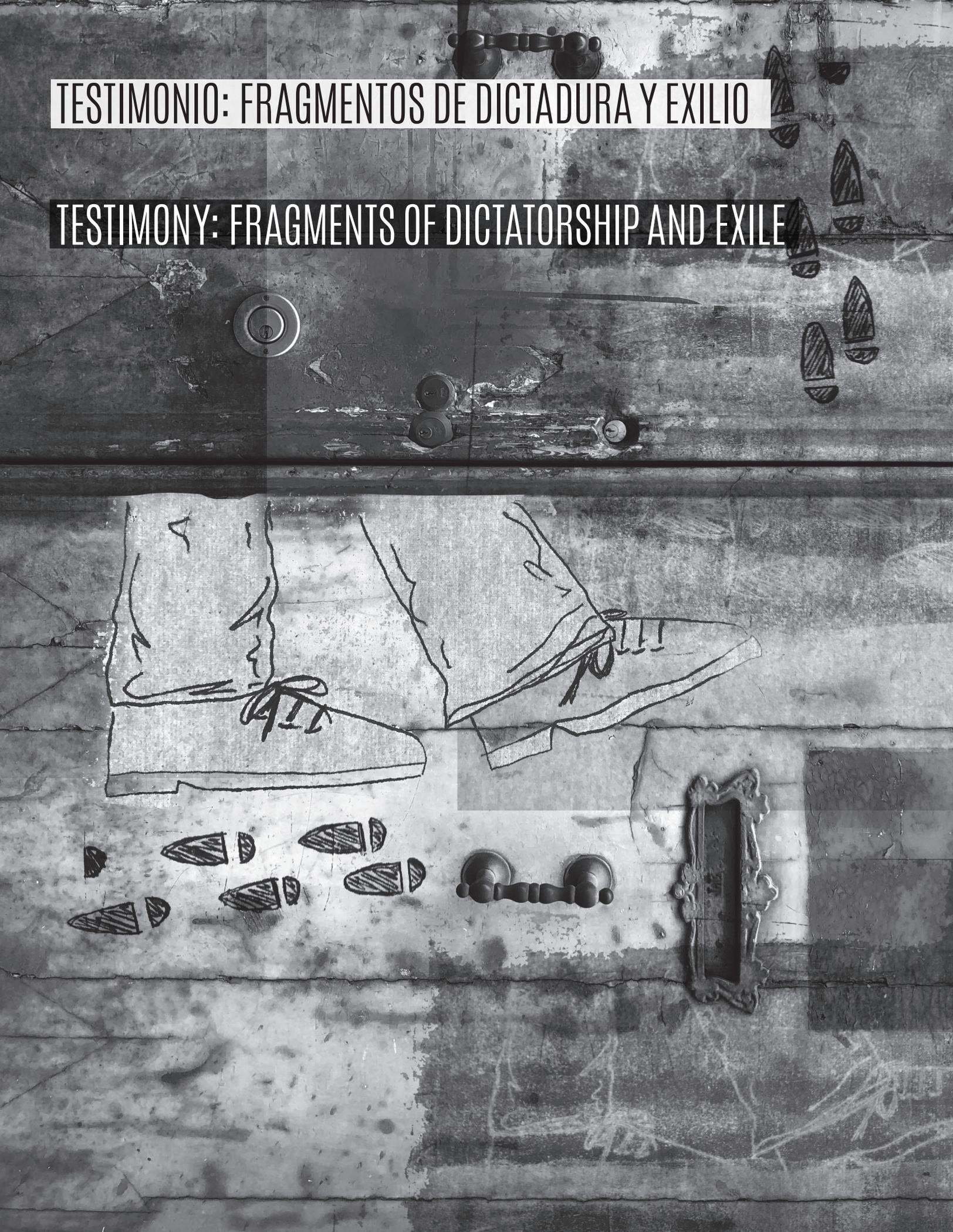


TESTIMONIO: FRAGMENTOS DE DICTADURA Y EXILIO

TESTIMONY: FRAGMENTS OF DICTATORSHIP AND EXILE



José María Martinelli

Profesor Titular, Economía

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa,

México

Recibido 23-07-18 * Aceptado 01-08-18 * Corregido 27-08-18



TESTIMONIO: FRAGMENTOS DE DICTADURA Y EXILIO¹

Sólo se recibe lo que se da.

A. M.

Me enteré del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 en Argentina la madrugada del 25 en Nueva York, por medio de la radio. Entonces vivía con quien después sería la madre de mi hijo Fernando que nació en México. Trabajaba de bus-boy en el Restaurante Jan's de Brooklyn; un trabajo terrenal de lo más difícil: recoger vajillas sin bandeja y limpiar las mesas, todo a mil por hora. No tuve ninguna inducción laboral, mis compañeros me enseñaron a convertir los dedos en tenazas que aprisionaban platos, platillos y tazas. Me pagaban 2.30 dólares la hora. Aunque era una explotación inicua, aquel trabajo y el de ella salvaron la vida a dos indocumentados argentinos en el Imperio. Me quedó una gratitud enorme a la ciudad de Nueva York.

Por aquel entonces rebasaba los treinta años de edad. Había partido al exilio en enero de 1975 rumbo a Bolivia, por la frontera de La Quiaca, desde Salta, en ómnibus. Me acompañaba Don Pinto, empleado en la sastrería de mi padre. Un gesto solidario de nobleza mayor. Al llegar al puesto fronterizo sentí temor; era noche y un agente de la Policía Federal Argentina revisaba los pasaportes, previa lectura de una lista con nombres de perseguidos políticos; un foco alumbraba la casa de campaña, oficina migratoria. Respiré aliviado cuando el policía selló mi pasaporte. Pasamos a Yacuiba, Bolivia. Pernocta-

¹ Este texto es un testimonio que recoge algunas experiencias del exilio en tiempos de la última dictadura militar argentina solicitado al autor por los coordinadores del presente número, por lo que no se trata de un artículo de investigación sino de un material histórico de primera mano.



mos en cuartos pequeños con techos de calamina, calurosos. Luego viajamos a Cliza, Cochabamba, a la casa del padre de Adrián Pinto, mi compañero de viaje. El señor mayor me decía “le voy a dar comidita”. Los campesinos me trataron muy bien; me alojaron el tiempo que quise. Uno de ellos, Concepción Guevara, me contaba que tenían fusiles enterrados, que provenían de la Revolución Bolivariana de 1952. Me entrevistaron en la radio de Cliza. Recuerdo aquello como una solidaridad interminable. Después viajé a Cochabamba y me hospedé en la casa del hermano de Freddy Calvo San Martín, estudiante boliviano que era amigo de mi familia en Salta; buena persona. Hice un recorrido por el país y me detuvieron por no portar el pasaporte; se cubrió un trámite requerido y me soltaron. Tengo, de aquellos días, un recuerdo maravilloso de Bolivia; de su pueblo, de sus paisajes; desfiladeros cortados a cuchillo que obligaban a los autobuses a realizar curvas con llantas traseras en el vacío; me parece recordar que a aquellos parajes los llamaban “Siberia”. Hoy, pienso que Ernesto Guevara se equivocó en su incursión revolucionaria en Bolivia; queda un análisis pendiente del tema.

Dejé Bolivia y me interné en Perú por Puno a orillas del Lago Titicaca (espero que la memoria sea fiel). Mi permanencia en Perú fue más prolongada. Viví varios meses en Lima, en casa de Hernando, estudiante universitario que defendí en Tucumán, Argentina, cuando ejercía la profesión de abogado. Aquel fue mi caso estrella, realicé investigaciones y presentaciones al juez. Se trataba de un caso de homicidio entre homosexuales, muy divulgado por la prensa. A Hernando lo conocía de las luchas estudiantiles. Largo sería narrar las peripecias de aquello. Al final, el asesino no pudo con la culpa y lo entregamos a la justicia con el apoyo de un colega

que había sido compañero en la Facultad de Derecho, Gregorio Moisés Sale. En mis retornos a Argentina solía visitarlo.

En Perú vendía libros, tocando puertas de las casas. Difícil al comienzo, como tantas cosas en la vida, se aprende. Terminada la jornada laboral iba a un cine del centro que pasaba películas mexicanas. Me ilusionaba ver avenidas extensas, edificios modernos. Pensaba que algún día iría a México. Aquella ilusión se hizo realidad a mediados de 1976. Jamás encontré la modernidad vista en el cine.

Mi estancia en Perú fue relativamente larga, cerca de seis meses en casa de Esther, mujer generosa que no sólo brindó hospitalidad, también afecto tan necesario al comienzo de un exilio que se prolongó por muchos años. Entonces pensaba que mi regreso a Argentina sería pronto; no sucedió así, no supe volver. Cabe señalar que me alentaba un deseo firme de conocer Latinoamérica. Dejé Perú y me dirigí a Ecuador, país que me maravilló, sobre todo su gente; como dice el poeta, en el mejor sentido de la palabra "buena".

Mi comunicación familiar con Argentina se nutría de las cartas que me enviaba mi madre; las recibía en la sección Poste Restante de los correos postales; anticipaba lugares y recogía la correspondencia; era una alegría que me conmovía recoger las cartas. Después supe que Julio Cortázar escribió el cuento "Cartas de Mamá", cálido, amoroso, que fue llevado al cine. Todavía no me explico cómo perdí el tesoro que eran las cartas de mi madre.

Debo señalar que en mis viajes y estancias latinoamericanas no realizaba actividad política; en realidad no tenía contactos. Visitaba universidades, frecuentaba actos culturales, hablaba con la gente del pueblo. Desarrollaba actividad diurna con cierta intensidad para recogerme temprano a descansar, a la "hora de la paloma".

En una carta que recibí en Perú, uno de mis hermanos me contó que había muerto Juan del Gesso defendiendo una reunión del Comité Central del Ejército Revolucionario del Pueblo; murió combatiendo. Era un querido compañero de la Facultad; me sorprendió que se hubiese incorporado a la guerrilla, como tantos que no mencionaré pero que permanecen en mi memoria, luchando contra el olvido. Esto tiene que ver con la inexplicable respuesta de gran parte de la sociedad argentina que decía "no saber" lo que pasaba en el país. Cobré conciencia de que las

transformaciones sociales son más largas y costosas, que no basta el propio entusiasmo para realizarlas. Tránsitos heroicos como decía Mariátegui.

También vendía libros en Ecuador, pero los resultados no fueron muy buenos. En Guayaquil me alojaba en un cuarto muy pequeño que llamaban "El Cajón"; hoy no puedo imaginarme cómo me adapté a aquello. Leía la novela de García Márquez *El otoño del patriarca*, algo así. Un barroquismo innecesario; no me gustó. En Quito me fascinaron las tallas (esculturas) en madera de las iglesias; expresaban el dolor milenario del pueblo que las labraba. De Quito viajé a Galápagos, archipiélago fascinante, aunque la primera impresión puede haber sido de cierta confusión. No es "un paraíso tropical", me dijo un guía de turismo. Recalé en la isla Isabel; vivía en una cabaña con un suizo muy experimentado en la "vida salvaje", que propiamente no lo era. Las iguanas eran poblaciones abundantes, resultaba hermoso verlas tomar sol en rocas bañadas por el mar. Hacíamos recorridos marítimos visitando islas pequeñas, habitadas por pájaros mansos que no levantaban el vuelo ante nuestra presencia. Recuerdo un viaje compartido con turistas "extranjeros"; una alemana me decía que debíamos hacer una revolución como Mao Tse Tung (luego le cambiaron el nombre); sin responderle pensaba: ¿qué sabrán éstos de nuestra revolución?

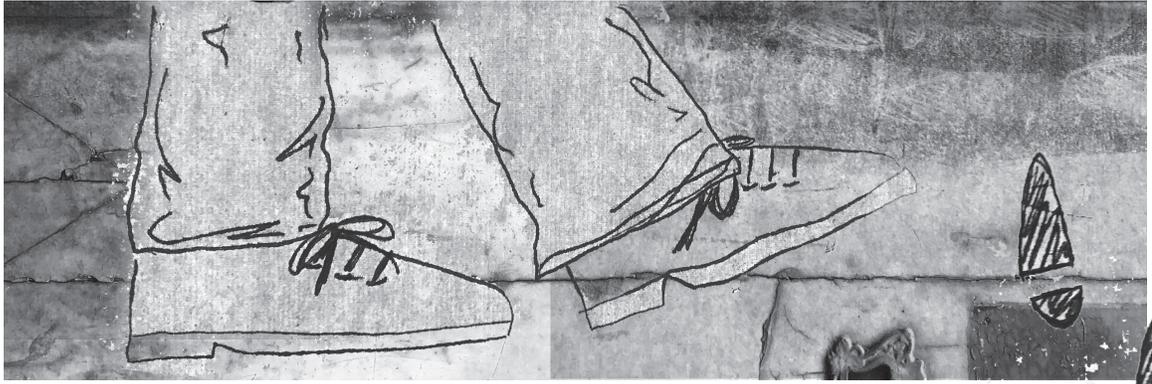
Por tiempos, perdía la información de lo que pasaba en Argentina. Llegaban noticias aisladas. Pensaba en la suerte de mis compañeros, en mis hijos; tenía la idea de que mi vida había dado un vuelco pero no sabía qué rumbo iba a tomar. Y efectivamente cambió. Regresé al continente en un avión a hélice. Pasé unos días en Quito y viajé a Colombia.

En Bogotá me encontré con Luisa. Al segundo día nos asaltaron en la Quinta de Bolívar. Perseguí a los delincuentes, alcancé a uno y lo derribé, otro me redujo por la espalda y me estrelló la cabeza contra las lajas, me abrió la frente; sentí que había perdido; huyeron. Unos chiquillos me rodearon; le dije a uno que le pidiera a sus amigos que me devolvieran los pasaportes que estaban en el bolso robado. Al rato regresó con los pasaportes en su mano. "Usted me prometió un peso", me dijo. Le di el último dinero que tenía. Me curaron en el hospital; pensé que el encuentro con ella había sido funesto, pero no le dije nada. Previamente a lo narrado, yo había estado en San Agustín y Tierra Adentro, lugares bellísimos; en uno de ellos comía en un comedor cuajado de orquídeas; no habrá palacio mejor decorado que aquella fonda. Por alguna razón íntima no regreso a los lugares de mi periplo latinoamericano; estas líneas son la mayor apertura que me permito.

Urdí una historia entre cierta y falsa (ahora no recuerdo cuál era la falsía) para lograr que la comunidad judía nos facilitara los pasajes aéreos para llegar a Costa Rica. Al final se logró.

Costa Rica me resultó una provincia encantadora. También vendía libros; de San José a Heredia; mucho verde y paz. Tan diferente de Centroamérica como Argentina de Latinoamérica, pero con las mismas raíces. En el caso nuestro mucho se debe a los inmigrantes, de donde provengo. Temo ser mal interpretado por esta disquisición, sin embargo soy sincero. Con el apoyo de Malcom, joven norteamericano, llegamos a Estados Unidos, a Miami. Mi impresión era haber llegado a un hospital, todo aséptico. Nos dejaron pasar gracias a ella que es odontóloga y se considera profesión remunerativa. Fueron difíciles los días en Miami; la ayuda de Linda Dontovsky fue fundamental; muchacha joven que trabajaba de enfermera. Llegar a Nueva York fue algo diferente. Me recuerdo en Rockefeller Center, en la pista de patinaje; rodeado de edificios imponentes; imagen de lo que fue un capitalismo floreciente. Hubo desencuentros con la familia de ella y una noche gélida la pasamos en la estación del Metro para calentarnos. Ya establecidos, es decir en un departamento con muebles de todas las épocas, le ofrecí que regresara a Argentina, no aceptó. El trabajo en el restaurante era pesado, pero la oferta cultural de la ciudad de Nueva York es diversa y de calidad. Visitar Lincoln Center, el Museo de Arte Moderno u otros espacios compensaba los esfuerzos laborales. Aunque ella decía no querer hijos, yo pensaba lo contrario, que le ayudaría en su realización humana. Hoy sé que ello es controvertido por las propias mujeres y lo acepto; asumo la necesidad de una resignificación masculina y también femenina. Aunque me gustaba Nueva York no deseaba tener un hijo en Estados Unidos, además de que progresar materialmente nos llevaría muchos años; le propuse viajar a México; estuvo de acuerdo. Debo decir que había logrado vincularme con miembros de la colonia argentina y de otros países latinoamericanos; aunque no era militancia, era importante reestablecer vínculos. La riqueza humana de esa gente me impresionó; algo que los "gringos" no aprecian ni valoran.

Emprendimos el viaje a México en autobús; arribamos el 6 de junio de 1976 a Tijuana. Luego un largo viaje a la Ciudad de México, entonces Distrito Federal. Recuerdo que, al principio, me entendía mejor allá con mi pobre inglés que aquí en español; con el tiempo entendí mejor a la gente, aunque la idiosincrasia mexicana, por momentos, me resultaba incomprensible. Hoy puedo afirmar que México me enriqueció, lo valoro y agradezco. Estar aquí abrió una dimensión de vida que



no la tenía registrada en mi derrotero existencial. Para mis hijos México fue muy generoso, ellos lo saben. Es probable que no haya perdido mis atributos argentinos; digo una palabra y me calan. En Argentina me dicen "mexicano", sin serlo. Son las pérdidas del exilio. Cuánto ganas, tanto pierdes.

Los primeros días en México nos alojamos en un hotel céntrico; los ahorros se esfumaban con rapidez. Un encuentro fortuito con un compatriota me orientó a presentarme al Centro de Investigación y Docencia Económica, A. C. (CIDE). Ahí trabajaba el profesor Marcos Kaplan, de quien tenía referencias de Argentina, y quien me atendió cordialmente y se comprometió a presentar mi caso ante el director, Flores de la Peña, que accedió a que presentase examen fuera de término. Escribí setenta cuartillas: una expresión de todo lo que sabía entonces; en Estadística sólo pude abordar cuatro respuestas. Me aceptaron. Fueron dos años de enseñanza escolarizada con los mejores profesores de México, Latinoamérica y Europa. Una orientación progresista, muy diferente a la neoliberal de hoy. Realicé amistades que me ayudaron; una fue entrañable: Juan Manuel Perales, hombre noble de Guadalajara. Me gradué de Maestro con Honores en Administración Pública. Una gratitud inmensa para el CIDE. Todavía estudiaba cuando nació Fernando. Luego llegaron a México Sandra, Marcela, Alejandra y José María.

Los primeros tiempos en México sin ser tan difíciles sí presentaban dificultades que cabía sortear con empeño y voluntad. Aquel año de 1976 llovió torrencialmente a toda hora; me costó trabajo entender el ciclo de las estaciones; en verano llovía y hacía frío. Para entonces había aumentado la vinculación con la colonia argentina. Fuimos invitados a vivir en la "Casa del Pueblo Argentino" en Roma 1, cerca de Paseo de la Reforma y de la Zona Rosa; hoy transformada, no sé si modernizada. Aquella fue una atención de la organización "Montoneros", grupo armado de filiación peronista; un gesto valioso que demanda mi perenne gratitud. Allí vivía el tío Álvarez con su esposa, a quien conocía de Salta. Hombre magnífico que murió en la Operación Retorno en 1978,

en ocasión del Campeonato Mundial de Fútbol que ganó Argentina, realizado en plena dictadura; fue inaugurado por el General Jorge Rafael Videla, miembro de la Junta Militar gobernante, un genocida que murió en prisión.

En la noche oscura dictatorial hubo una luz esperanzadora: Las Madres de Plaza de Mayo. Cuando todo parecía fracasar, ellas fueron valientes y enfrentaron la dictadura pidiendo por sus hijos desaparecidos o muertos, por los hijos de todos. La primera vez que regresé a Argentina, luego de trece años de exilio, fui a la Casa de las Madres; sabía que sólo era un gesto, cuyo valor simbólico era para mí mismo. Saludé a Eva de Bonaffini y a otras madres; ninguna lloraba ni me parecieron frágiles. Me obsequiaron una colección completa del periódico que publicaban; durante muchos años me lo enviaron a México; a su vez, doné los ejemplares recibidos a la Uni-



versidad Obrera; la consulta de los mismos puede ilustrar un período importante de las luchas sociales argentinas y latinoamericanas. Pienso que si las Madres de Mayo hubiesen sido noruegas les habrían dado el Premio Nobel de la Paz; son argentinas.

Una fría noche de julio de 1976 llegó la noticia de que habían asesinado a Mario Roberto Santucho en Buenos Aires; era jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y dirigente máximo del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Conocí a "Robi" cuando yo era estudiante de Derecho en Tucumán; era un hombre afable, de hablar pausado, tranquilo. Nos encontramos varias veces; cuando me detuvieron, el 29 de Mayo de 1969, fue a visitarme al Cuartel de Bomberos. Le decía que era peligroso, me respondió: "sabía que no piden identificación". La última vez que lo vi, lo invité a un acto en la Facultad, en el que participaba Ismael Viñas; me dijo que no asistiría, que éste no participaba de la estrategia de la lucha armada. Lo encontré cambiado, me pareció rígido, tenso. Pasados los años, escribí un artículo crítico, pero respetuoso, sobre la estrategia revolucionaria del ERP. Cavilé bastante sobre si debía publicarlo o no; al final fue publicado en la revista *Iztapalapa* de la Universidad Autónoma Metropolitana. Consideré que era mi deber hacerlo; había participado en aquellas luchas, como estudiante y también como abogado; no propiamente como militante. Sin embargo, hoy sé que aquella participación política, en términos gramscianos, adquiriría un carácter orgánico. Con más razón debía publicar mi crítica, enfocada particularmente al militarismo de la organización. Los ataques a cuarteles u objetivos militares cuando Héctor Cámpora era Presidente me resultaron inadmisibles. No hubo recambio estratégico ni político. Hoy, releo declaraciones de "Robi" formuladas entonces y me resultan desafortunadas. Debo decir que con la muerte de Santucho se cerró una etapa política que marcó la vida argentina. Una derrota de las fuerzas populares, cuya recuperación dista de haberse cumplido. La autocrítica no es flagelación, es el análisis de los errores cometidos, imprescindible para continuar las batallas presentes y las venideras. Me gana el convencimiento de que en Argentina se vive una decadencia profunda, social y política. Aprendí a dimensionar el valor de las victorias, también de las derrotas.

Tal vez el lector se pregunte por qué mi enjuiciamiento de la dictadura militar no es más detallado o específico; sobre ello se ha escrito bastante. La barbarie es condenable sin atenuantes. Se ha optado por abrir un fragmento de vida menos conocido, poco divulgado, pero



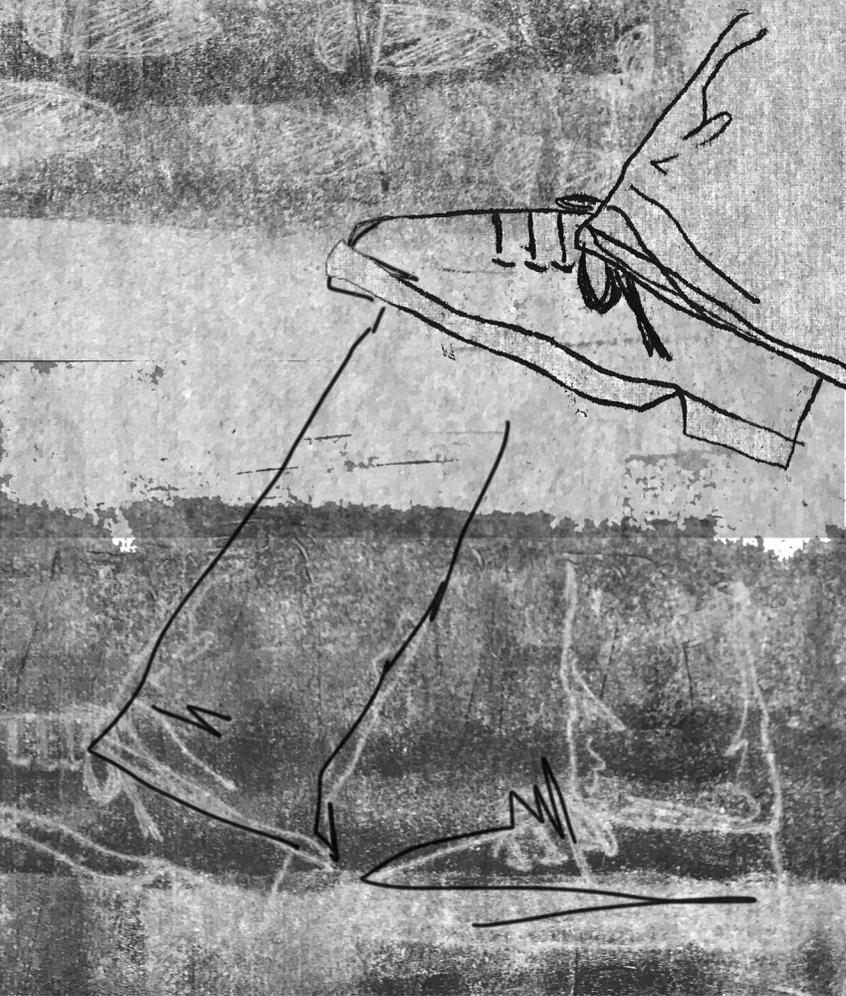
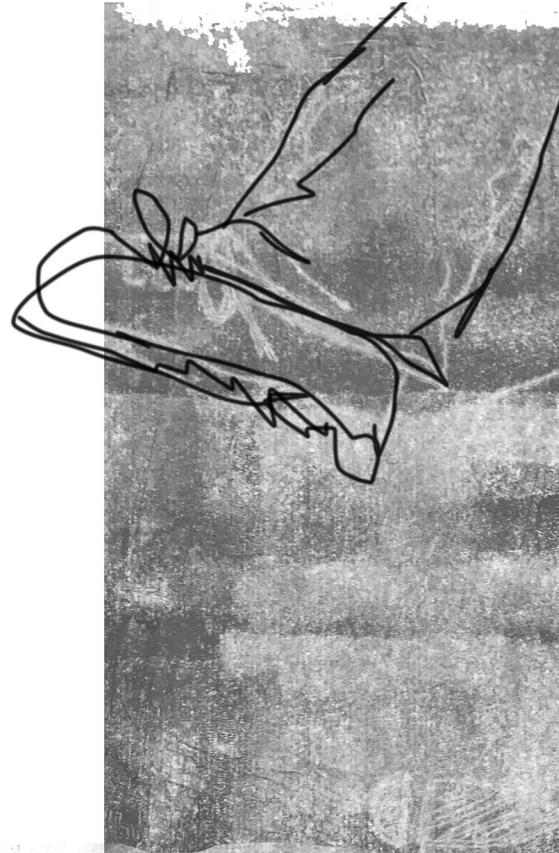
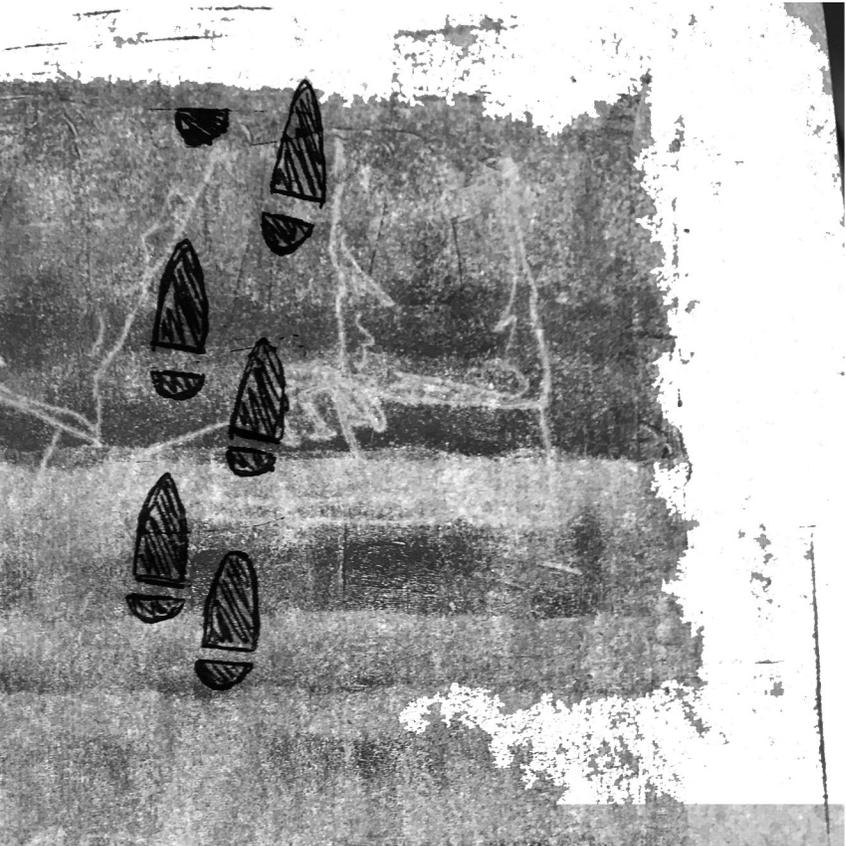
que en sí muestra costos personales, valoraciones políticas, logros y frustraciones; los tránsitos de exilio conllevan a asumir energía para superar derrotas políticas, entender otras visiones y prácticas de lo político. Esto no es todo; se puede preguntar qué significan los regresos, tema vasto, complejo. Volver al origen dificulta construir el futuro; la gente ha cambiado, el terror no se agota en el instante de perpetrarlo; se anida en las conciencias e inmoviliza, el miedo acobarda; el cambio resulta no deseable. Las justificaciones sobran, los diálogos se dificultan; quedas tipificado, el reconocimiento resulta interesado (dicho políticamente), a veces sincero. Es entonces cuando la memoria te asiste y trata de desmontar el olvido. Dificil empeño cuando las cargas sociales han sido truncadas, caso del peronismo.

Puede que a la distancia se perciban detalles que el próximo no advierte; la inmediatez puede ser confusa y se convierte en la fuerza de los realistas: la conveniencia y el interés, matar la realidad. Frente a ello, las ideas de cambio social son resistidas; la tecnología comunicacional informa y desinforma a un tiempo; los extravíos sociales se convierten en aporías. Los lugares comunes desplazan a las ideas. Si los sueños, sueños son, la realidad es un insomne deambular. Luego, los naufragios.

Una estudiante dijo en el curso de Problemas Filosóficos que “conocerse es cambiar”; me sorprendió. Me llevó a pensar cuánto había cambiado mi marxismo, es más democrático. También, a reflexionar qué alcances tiene el socialismo: lo más avanzado es ejercer “poder” desde las instituciones para mejorar la vida. No asaltaremos “el palacio de invierno”. La brújula histórica no trabaja para nadie, sino para el que le imprime direccionalidad. Santucho pedía “ir de lo pequeño a lo grande”; pedimos lo grande, volveremos a empezar, otra vez.

9 de Julio de 2018

¡Viva la Patria!



Copyright (c) 2018 José María Martinelli.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons 4.0](#).

Usted es libre para Compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y Adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumen de la licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)